

Por qué leer la Biblia hoy

La Biblia es, para unos, un clásico de la literatura universal; para otros, además, es Palabra de Dios. Y la Biblia es también, tanto para unos como para otros, una obra que sigue siendo leída, imprescindible para comprendernos a nosotros mismos y el mundo en que vivimos. En sus páginas descubrimos a grupos y comunidades que, a lo largo de un extenso período histórico, tuvieron que enfrentarse a preguntas, problemas y retos muy similares ante los que nos encontramos también nosotros hoy. Una buena muestra de ello son personajes bíblicos como Jonás, Jeremías, David o Simón Pedro, a los que nos acercaremos en las páginas que siguen.



Estela Aldave Medrano

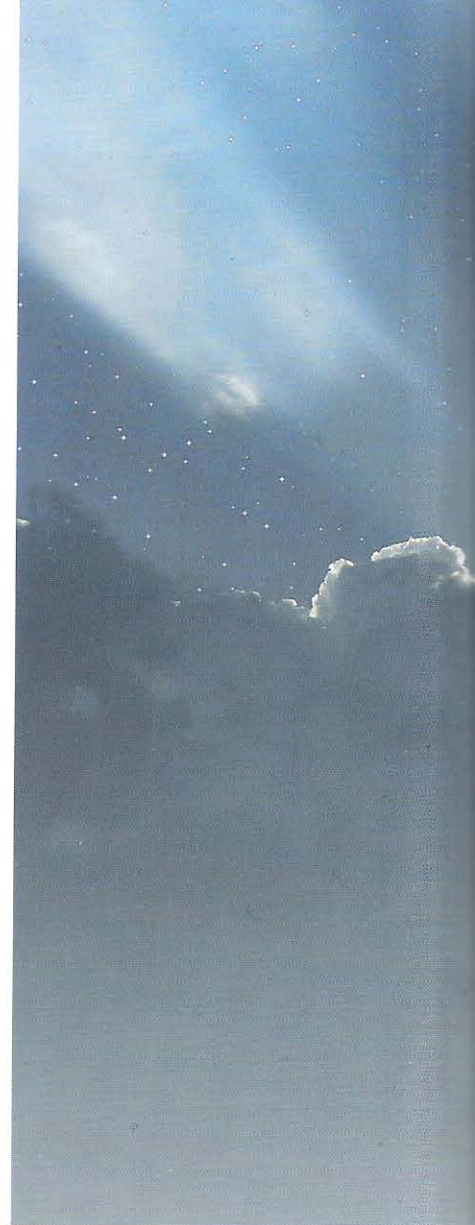
Centro Estudios Teológicos Aragón (CRETA), Zaragoza – Facultad de Teología de Vitoria

Hace ya unos años, Arturo Pérez-Reverte escribió un artículo titulado "Ese monumento de papel" (*XL Semanal*, 4 de abril de 2011) con motivo de la publicación de una nueva traducción de la Biblia al español. El periodista

y escritor, con el sentido del humor que le caracteriza, lanzaba en él una crítica a todos aquellos que mostraban desinterés por el tema. A su juicio, resultaba inadmisibles que alguien mínimamente interesado por la cultura no conociera las nuevas ediciones de los textos bíblicos y que estas no estuvieran disponibles para un potencial comprador entre las novedades de las librerías, ya que se trata, según el mismo autor, del mayor *best seller* de la historia.

Y es que, en efecto, todavía hoy, aun en medio del descenso de las

ventas de libros y de los índices de lectura, la Biblia sigue siendo un libro muy vendido que conoce nuevas traducciones y revisiones; un libro que, según indican los datos, continúa siendo leído. La Biblia es uno de los "caudales de sabiduría" que influyó de forma decisiva en la configuración de la cultura europea y que, entre otros, está en buena medida en la base de los derechos humanos tal como los entendemos hoy. Es así una obra necesaria si queremos saber quiénes somos y cómo hemos llegado a ser quienes somos.



LA BIBLIA: UNA OBRA QUE "NOS LEE"

En los últimos años, tal y como personas destacadas del mundo académico y cultural se encargan de recordar, nuestro mundo está cambiando. Leemos cada vez menos; vivimos cada vez más rápido; nuestro modo de comunicarnos ha cambiado muy considerablemente con la aparición de las nuevas tecnologías; los planes de estudio privilegian las asignaturas de carácter técnico en detrimento de otras como, por ejemplo, la filosofía; estamos asistiendo a lo



La Biblia es una obra necesaria si queremos saber quiénes somos y cómo hemos llegado a ser quienes somos



Mercado de Estelí, Nicaragua.
Fotografía: Xiskya Valladares

que viene llamándose la "crisis de las humanidades"... la lista podría seguir. En este contexto, señalan los que dirigen una mirada aguda y crítica a nuestra realidad, urge, entre otras cosas, recuperar los orígenes de nuestra cultura, cultivar la autonomía de nuestro pensamiento y de nuestras acciones, y mantener vivas las grandes preguntas que siempre han acompañado al ser humano, tales como cuál es el sentido de nuestra existencia, qué son el bien y el mal o cómo situarnos ante el hecho inevitable de la muerte.

En las páginas de la Biblia encontramos, hecha escritura, la historia de un pueblo, Israel, y del movimiento surgido a partir de Jesús de Nazaret. Una histo-

En el origen de la Biblia hubo grupos humanos en búsqueda de Dios y en búsqueda de sentido, y por eso sus páginas reflejan muchos de los retos y preguntas que también nos planteamos hoy

ria comprendida e interpretada a la luz de la fe y que, como todo lo humano, está llena de encuentros y desencuentros, retos, conflictos, pérdidas, hallazgos y debates, y discusiones de tipo ético o incluso teológico. Toda esta riqueza es una buena muestra de que en el origen de la Biblia hubo grupos humanos en búsqueda de Dios y en búsqueda de sentido, y que por eso sus páginas reflejan muchos de los retos y preguntas que también nos planteamos hoy: cómo vivir siendo uno mismo en un contexto plural, cómo hacer posible la convivencia con personas de otros países y culturas, los sentimientos de amenaza que surgen ante lo diferente y la tentación de cerrar fronteras, la pobreza y la injusticia, el ejer-

cicio del poder y de la autoridad, la cuestión del género o de cómo ser hoy varón y mujer, el mal, el sufrimiento y la muerte, y un largo etcétera. Ante estas grandes cuestiones, los textos de la Biblia no suelen proporcionar recetas o respuestas fáciles; en muchas ocasiones nos dirán que ante una misma situación caben distintas respuestas, invitándonos de este modo a profundizar y reflexionar sobre los pros, los contras y la legitimidad de cada una de ellas.

Para unos, la Biblia es una obra imprescindible de la literatura universal y para otros es, además, Palabra de Dios. En todo caso, en lo que unos y otros podemos coincidir es en acercarnos a la Biblia como una obra que no solo lee-

mos, sino que, como los buenos clásicos, nunca se agota y tiene capacidad para "leernos". La Biblia nos puede ayudar a entendernos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea, a poner nombre a lo que

La Biblia nos puede ayudar a entendernos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea, a poner nombre a lo que vivimos y también a recuperar un poco de aliento

vivimos y también a recuperar un poco de aliento ante los cansancios que, inevitablemente, vamos acumulando a lo largo de la vida.

En lo que sigue vamos a presentar una selección de personajes de la Biblia que son un ejemplo de la actualidad que siguen teniendo sus textos. Ellos son Jonás, un personaje cuyo celo religioso le cerraba radicalmente a los pueblos extranjeros; Jeremías, un profeta entregado a Yahvé y a su pueblo, apasionado por el bien y la justicia, a quien le llegó también el turno de la desesperanza; David, un rey que supo reconocer con humildad la tiranía de sus actos, y, finalmente, Simón Pedro, un discípulo de Jesús que aprendió a reconciliarse con su fragilidad humana.

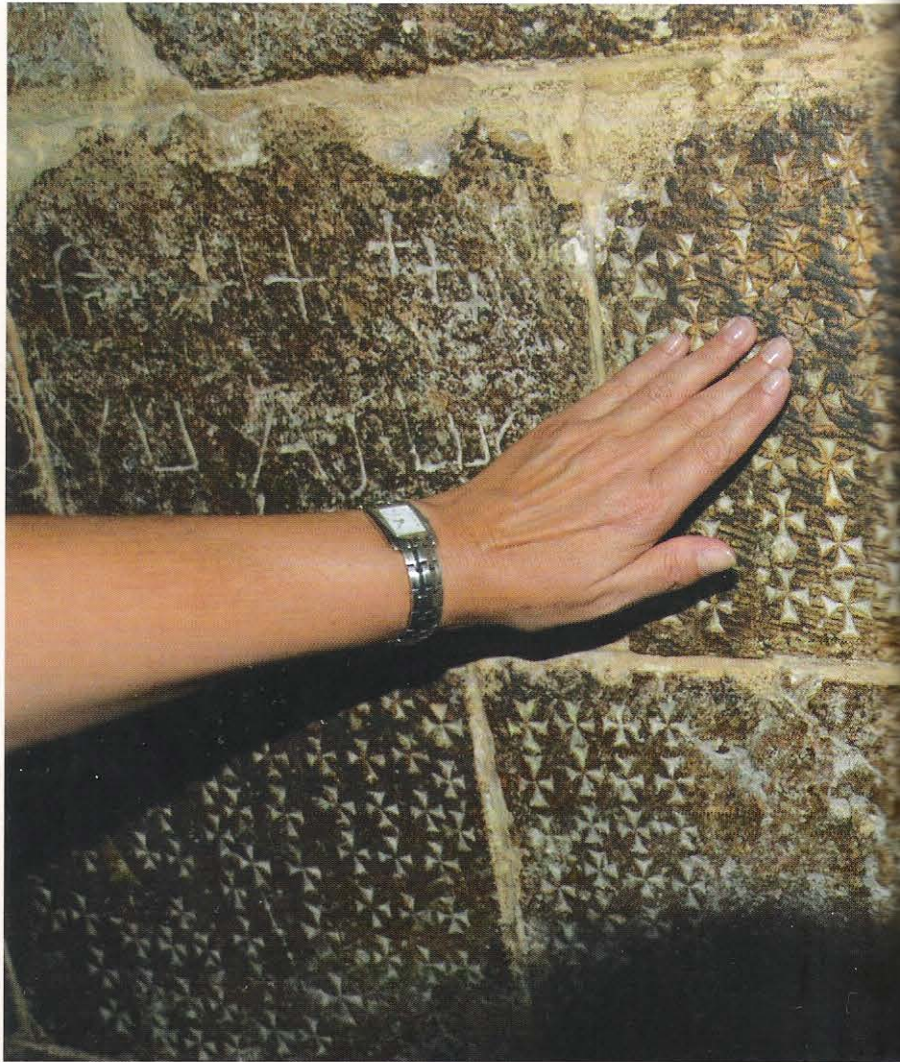


Fotografía © Xiskya Valladares

Jonás: el profeta que huía de Yahvé

A diario las noticias nos ponen delante los grandes retos a los que se enfrenta nuestro mundo en general y Europa en particular: la acogida de los inmigrantes y refugiados, el éxito que están teniendo las propuestas políticas que promueven la creación de muros y fronteras, el auge de los discursos que buscan principalmente la seguridad y la mejora de las condiciones económicas del propio país, el fundamentalismo islamista y el entendimiento con el mundo musulmán... En nuestras sociedades ha encontrado su hogar la xenofobia o el rechazo al extranjero; también, utilizando el término acuñado por Adela Cortina, la "aporofofia", es decir, el rechazo al pobre. Como ha puesto de relieve muy agudamente la filósofa, los inmigrantes y refugiados incomodan y molestan, no principalmente por su condición de extranjeros, sino porque son pobres; percibimos su existencia y cercanía como una amenaza, aparece el miedo, controlamos las fronteras, los dejamos fuera y olvidamos la dignidad que todos compartimos.

Salvando las distancias, el pueblo de Israel se vio en circunstancias semejantes. A lo largo de su historia tuvo que afrontar en diferentes momentos y por varias razones lo que hoy llamaríamos el dilema de cómo relacionarnos con el otro, con el extranjero y diferente. Uno de ellos, posiblemente el más importante de todos, tuvo lugar cuando algunos de los deportados a Babilonia tras la invasión de Jerusalén regresaron a la tierra de Israel.



Estamos en el siglo V a.C., en el período liderado por Esdras y Nehemías.

En este tiempo, el pueblo tuvo que hacer frente a numerosos problemas, ninguno fácil; entre ellos,

En la Biblia han quedado huellas del surgimiento de voces disidentes dentro del mismo pueblo de Israel, voces que cuestionan el rechazo al extranjero y el establecimiento de fronteras, no ya políticas, sino sociales



reconstruir Jerusalén y el Templo, y reconstruir su propia identidad. Las decisiones tomadas por los líderes estuvieron marcadas en buena medida por la propia defensa: con el fin de salvaguardar el futuro de Israel se prohíben los matrimonios mixtos, es decir, con personas no judías (Esd 10,10-11; Neh 13,23-25), y se señala al extranjero como ser impuro, cuya impureza ha llegado a contaminar la propia tierra de Israel (Esd 9,11), afirmando que esta es la voluntad del propio Yahvé (Esd 10,2-3).

Sin embargo, en la Biblia han quedado huellas del surgimiento de voces disidentes dentro del mismo pueblo de Israel, voces que cuestionan el rechazo al extranjero y el establecimiento de fronteras, no ya políticas, sino sociales, para quienes, a diferencia de Esdras y Nehemías, Yahvé es también el Dios de otros pueblos. Una de estas voces ha quedado reflejada en el libro de Jonás.

Esta obra del Antiguo Testamento, que vio la luz también en el siglo V a.C., es una suerte de parábola, aunque desarrollada en varios capítulos. En ella se narra la historia de Jonás, "hijo de Amitay" (Jon 1,1), a quien Yahvé ordena dirigirse a Nínive, la capital del Imperio asirio, ciudad tradicionalmente enemiga de Israel y conocida por la crueldad de sus monarcas. El lector se sorprende a continuación, ya que Jonás, un profeta según 2 Re 14,25, en lugar de obedecer, tal como se esperaría de él, toma la dirección contraria, dirigiéndose a Tarsis, lejos de Yahvé (Jon 1,3). La razón de su huida se va desvelando paulatinamente: Yahvé está dispuesto a perdonar a los

En el siglo V a.C., el pueblo tuvo que hacer frente a numerosos problemas, ninguno fácil; entre ellos, reconstruir Jerusalén y el Templo, y reconstruir su propia identidad.
Fotografía © Eugeni Rodríguez Adrover



Ermita de Valldemossa (Mallorca).
Fotografía © Xiskya Valladares

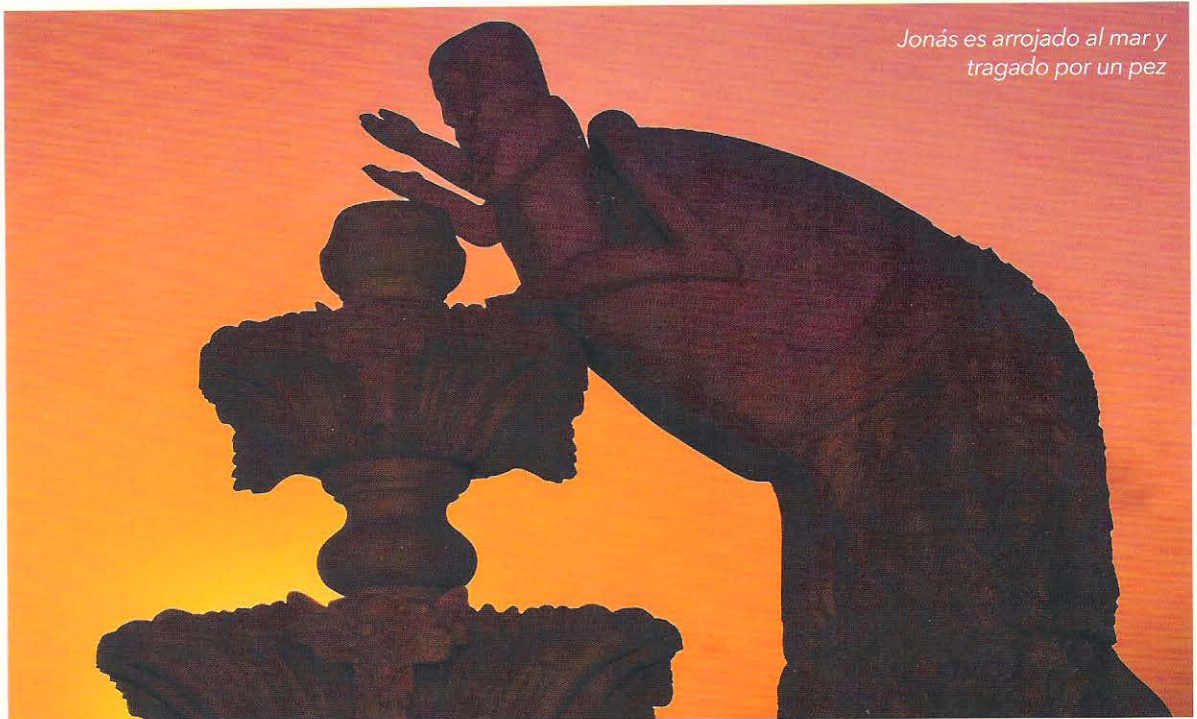
ninivitas si estos se convierten (1,2; 3,5.10), y Jonás no quiere ser de ningún modo un medio para que esto se produzca.

La narración de las peripecias por las que va atravesando Jonás contiene una buena dosis de ironía e incluso de humor. Toma un barco rumbo a Tarsis y, durante el viaje, Yahvé hace desencadenar una fuerte tormenta. Los marineros que le acompañan en el barco, todos ellos paganos, parecen más piadosos que él, ya que oran mientras él duerme (Jon 1,5). En vista de que la tormenta no cesa, echan a suertes para saber quién es el culpable de la desgracia, y la culpa recae en Jonás, que es arrojado al mar y tragado por un pez (1,7-2,10). La escena de la barca anticipa el desenlace de la historia: los marineros, extranjeros desde la perspectiva judía, se convierten a Yahvé (1,14); Jonás es, a su pesar, instrumento para que esto se produzca.

Por segunda vez escuchará Jonás el mandato de Yahvé de dirigirse a Nínive, y en esta ocasión obedece (Jon 3,1-3). El éxito de su misión es rotundo, pese a no recorrer toda la ciudad (3,3-4), y Yahvé perdona la mala conducta de los ninivitas (3,5-

10). Este perdón hace que afloren con crudeza las convicciones y sentimientos de Jonás: no soporta la compasión, generosidad y paciencia de Yahvé, hasta el punto de desearse la muerte (4,1-3). Yahvé, por medio de una planta de ricino, intenta que Jonás lo conozca y comprenda que él no puede hacer sino perdonar.

Sin embargo, el relato acaba con un interrogante que Jonás no responde: "Tú te compadeces de un ricino que no te ha costado hacer crecer, que al cabo de una noche apareció y al cabo de otra pereció. ¿Y no voy yo a compadecerme de Nínive, la metrópolis, donde viven más de ciento veinte mil personas que no distinguen el bien del mal y una gran cantidad de animales?" (4,10-11). El profeta, que representa al judaísmo propuesto por Esdras y Nehemías, es invitado a reconocer el verdadero rostro de Yahvé, su voluntad de derribar fronteras, no de construirlas, y de acoger y perdonar a todos sin establecer diferencias. La pregunta que Yahvé lanza a Jonás es la pregunta que esta obra bíblica nos dirige a sus lectores hoy, queriendo movilizar no solo discursos de compasión, sino, sobre todo, acciones que la pongan en práctica.



Jonás es arrojado al mar y tragado por un pez

JEREMÍAS: ENTRE EL DESALIENTO Y LA CONFIANZA

Muchas personas, grupos y movimientos de todo el mundo trabajan incansablemente por la justicia, acogiendo a los inmigrantes que llegan a nuestras costas, tratando de frenar el calentamiento global y el cambio climático, denunciando la discriminación y violencia que sufren muchas mujeres y niños...; lo hacen por motivaciones diversas, y algunos también por experiencias y convicciones religiosas. Muchas veces ese trabajo por un mundo mejor es callado y casi imperceptible, pero no por ello menos importante; pensemos, por ejemplo, en el cuidado diario de enfermos y ancianos o en el acompañamiento a personas solas. A pesar del convencimiento y la pasión que mueven a estas personas, no es raro que en algún momento se vean abatidas por el desánimo. La realidad suele ser tozuda, se logra menos de lo

que se desea, no se tiene respaldo social y político suficiente, surgen cansancios y sentimientos de sinsentido.

Muchos personajes de la Biblia atravesaron crisis parecidas. Uno de ellos es Jeremías, un profeta de Judá que vivió a caballo entre los siglos VII y VI a.C., un período de fuertes cambios en el pueblo de

En los momentos de cansancio, cuando los pocos frutos hacen pensar que no merece la pena empeñarse por un mundo mejor, la lectura de Jeremías puede ser fuente de ánimo y consuelo

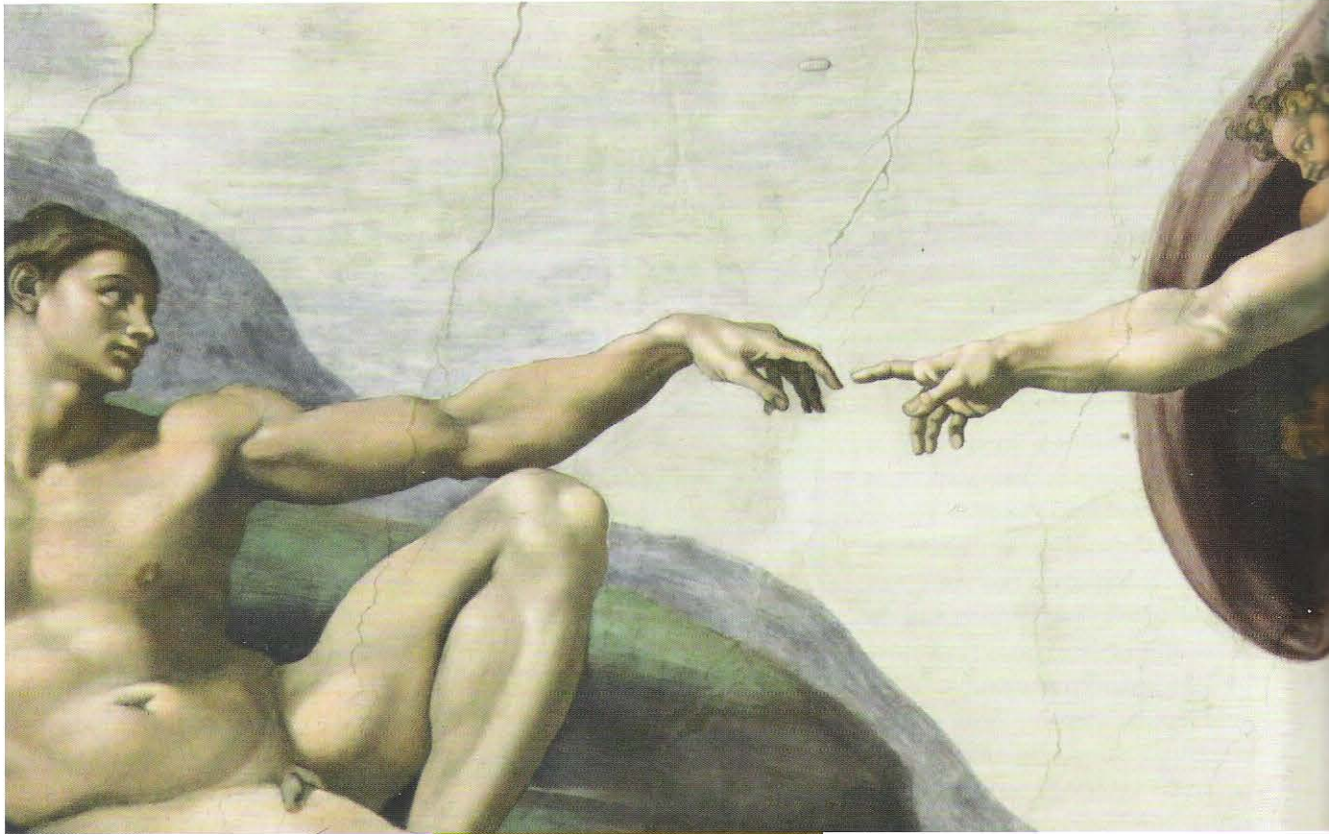
Israel: el reinado de Josías, tiempo de reformas y esperanzador, y el declive posterior, que culminó con la invasión babilónica y la deportación. La misión de Jeremías arranca de la llamada que recibe de Yahvé en estos términos: "Antes de haberte formado yo en el vientre te conocía; antes de que nacieses te había consagrado yo profeta; te tenía destinado a las naciones" (Jr 1,5). Jeremías tiene miedo y pone excusas, pero Yahvé mantiene su palabra y le promete su presencia, al tiempo que le hace saber la paradoja que entrañará su misión ("te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y arrasar, para destruir y derrocar, para reconstruir y plantar", 1,10) y le indica las dificultades que tendrá que atravesar; tendrá en su contra a todos, reyes, jefes, sacerdotes, la gente del pueblo; le harán la guerra, pero no podrán con él (1,17-19).

Los textos bíblicos dan cuenta, sin edulcorantes, de la fuerte



Muchas veces ese trabajo por un mundo mejor es callado y casi imperceptible, pero no por ello menos importante.

Fotografía: Eugeni Rodríguez Adrover



lucha interior que mantiene Jeremías a lo largo de su existencia. El entusiasmo de los inicios va decayendo. Se siente con un penar perpetuo y una herida incurable (Jr 15,18). Es apaleado y encarcelado (20,1-2). Se sincera con Yahvé, diciéndole que se le ha vuelto un Dios engañoso (15,18), un Dios que le violentó y forzó ("me has agarrado y me has podido", 20,7), quien tiene la culpa de que todos se rían de él (20,8). Jeremías llega incluso a maldecir su propia vida y el día de su nacimiento ("¡Maldito el día en que nací!, ¡el día en que me dio a luz mi madre no sea bendito!", 20,14-18) y se muestra decidido a olvidar a Yahvé y la misión que le encomendó ("Yo decía: 'No volveré a recordarlo ni hablaré más en su nombre'", 20,9).

Jeremías mantuvo esta tensión consigo mismo y con Yahvé durante muchos años, especialmente en algunos períodos, lo que indica que, pese a todo, no sucumbió... Por eso su vida y su fortaleza, que no ocultaba tampoco su fragilidad

Jeremías mantuvo esta tensión consigo mismo y con Yahvé durante muchos años, especialmente en algunos períodos, lo que indica que, pese a todo, no sucumbió. En sus palabras se intuye que nunca pudo renegar de ser fiel a sí mismo ni a lo que entendía como el querer de Dios: "Había en mi corazón algo parecido a fuego ardiente, prendido en mis huesos, que intentaba en vano sofocar" (Jr 20,9). Por eso su vida y su fortaleza, que no ocultaba tampoco su fragilidad, pueden iluminar las luchas de los hombres y mujeres de todos los tiempos. En los momentos de cansancio, cuando los pocos frutos hacen pensar que no merece la pena empeñarse por un mundo mejor, la lectura de Jeremías puede ser fuente de ánimo y consuelo.



DAVID: LOS PELIGROS DEL PODER

Muchos textos bíblicos revelan que uno de los temas sobre los que reflexionó el pueblo de Israel fue el del ejercicio del poder, también del poder político. El poder se presenta en la Biblia como una moneda de dos caras: puede ser utilizado para instaurar la justicia, pero, las más de las veces, es fuente de desigualdad e incluso de violencia. Los profetas lo denunciaron con dureza con palabras como estas: "Yahvé viene a juzgar a los ancianos y jefes de su pueblo: 'Vosotros habéis depredado la viña, en vuestras casas se oculta el despojo de los pobres. Pero ¿qué os importa? Machacáis a mi pueblo y moléis el rostro de los pobres'" (Is 3,14-15).

La figura del rey David representa uno de los propósitos de los relatos bíblicos: poner nombre a lo que realmente somos y hacemos

^ Estatua del Rey David de Nicolas Cordies, en la Capilla Borghese de la Basílica de Santa Maria Maggiore

Los capítulos 11 y 12 del segundo libro de Samuel dan cuenta de un episodio de la vida del rey David que es, al mismo tiempo, indignante y ejemplar. Según el relato, el monarca se levantó un día, al atardecer, y vio desde su palacio a una hermosa mujer llamada Betsabé, esposa de Urías, el hitita, que se estaba bañando. Haciendo uso de su poder, mandó que la llevaran donde él y se acostó con ella. El relato

es parco en detalles, pero el lector intuye que de poco le habría servido a ella oponerse al monarca. Tras su encuentro, Betsabé quedó encinta y envió la noticia al rey, quien ordenó que Urías participara en una batalla y fuera colocado en primera línea, con el fin de eliminarlo del escenario, tal y como, en efecto, ocurrió. Tras el suceso, David mandó llamar a Betsabé, quien se quedó con él y dio a luz al hijo de ambos.

El episodio hizo intervenir al profeta Natán, que acude donde el rey dando muestras de una gran inteligencia. En lugar de recriminarle directamente su comportamiento, le cuenta una parábola: la historia de dos hombres, uno rico, que tenía un gran rebaño, y otro pobre, cuyas posesiones se reducían a una corderilla a la que adoraba. Al llegar una visita donde el hombre rico, este, para evitar sacrificar uno de sus anima-

les, tomó la corderilla del pobre y con ella alimentó a su huésped. Al acabar de escuchar la historia, David, cayendo en la trampa tendida por Natán, monta en cólera, indignado ante la injusticia del hombre rico: "¡Vive Yahvé! que merece la muerte el hombre que tal hizo. Pagará cuatro veces la oveja por haber hecho semejante cosa y por no haber tenido compasión" (2 Sm 12,6). Tras escucharle, Natán sentencia ante

el rey, con valentía: "Tú eres ese hombre". Solo en ese momento, no antes, el profeta explicita las razones por las que el comportamiento de David es reprobable.

A partir de aquí, el relato da un giro rotundo. David, anteriormente autoritario y egoísta, es capaz de reconocer con sinceridad que se ha comportado de un modo enormemente injusto. Teniendo poder para hacer callar al profeta y expulsarlo de palacio, opta, sin



embargo, por escucharlo, reflexionar y darle la razón. Así, el relato bíblico presenta al rey más importante y recordado de la historia de Israel no solo como un personaje que hizo grandes hazañas de feliz memoria; también, de manera un tanto sorprendente, como un ser humano con episodios oscuros e incluso escandalosos que, sin embargo, posee la virtud de dejarse hacer preguntas por otros y reconocer sus errores. La figura

del rey David representa de este modo uno de los propósitos de los relatos bíblicos: poner nombre a lo que realmente somos y hacemos.

SIMÓN PEDRO: EL MIEDO Y EL CORAJE DE UN DISCÍPULO

De un modo similar a lo dicho a propósito del rey David, también en el Nuevo Testamento aparecen personajes imperfectos que se equivocan, que no entienden, que

incluso se traicionan a sí mismos y traicionan a otros. Los textos no ocultan sus defectos y, no obstante, y quizá precisamente por eso, su existencia es elocuente para sus lectores de todos los tiempos. Uno de estos personajes es Simón Pedro, uno de los discípulos de Jesús.

Si seguimos el relato del evangelio de Marcos, Simón –Jesús le pondrá por nombre Pedro en Mc 3,16– aparece en escena muy rápidamente, apenas ha dado comienzo la historia. Su primer encuentro con Jesús acontece mientras realiza con su hermano Andrés las labores propias de su oficio de pescador junto al lago de Galilea. Jesús invita a ambos a ir con él, y los dos aceptan con enorme rapidez, sin pedir explicaciones ni poner condiciones (1,16-18); a continuación, Jesús convoca a otros dos hermanos: Santiago y Juan (1,19-20).

Como es de sobra conocido, Simón Pedro será uno de los miembros del grupo de los Doce que Jesús reúne en torno a sí (Mc 3,13-19), y aparecerá siempre en un lugar destacado del mismo. Forma también parte, junto a Santiago y Juan, del grupo selecto de discípulos que acompañan a Jesús en tres escenas importantes, en las que, de distintos modos, está presente el tema de la muerte: la vuelta a la vida de la hija de Jairo (5,35-43), la transfiguración (9,1-8) y la agonía en Getsemaní (14,32-42; cf. también 13,3-4).

Mientras que en la primera parte del relato marcano Simón Pedro destaca por su buena disposición y generosidad ante el proyecto de Jesús, a medida que la obra va avanzando desvela al lector otros aspectos de su persona. En este



El relato bíblico presenta al rey más importante y recordado de la historia de Israel no solo como un personaje que hizo grandes hazañas de feliz memoria; también, de manera un tanto sorprendente, como un ser humano con episodios oscuros e incluso escandalosos

< *Los capítulos 11 y 12 del segundo libro de Samuel dan cuenta de un episodio de la vida del rey David que es, al mismo tiempo, indignante y ejemplar*



Fotografía ©Xiskya Valladares

sentido, es muy significativa la escena que aparece en Mc 8,27-33, versículos que constituyen una suerte de bisagra dentro de la trama narrativa del evangelio. Jesús pregunta a sus discípulos acerca de su identidad y Pedro lo reconoce como el Cristo, dicho lo cual Jesús comienza a enseñarles que el futuro que le espera no estará marcado por el éxito, sino por el rechazo y el sufrimiento. Pedro, rechazando estas palabras, comienza a reprender a Jesús, quien, seguidamente y con dureza, lo reprende a su vez (el evangelio utiliza el mismo verbo en ambos casos), llamándolo Satanás y ordenándole que se ponga detrás de él, es decir, que se comporte como un verdadero discípulo, dispuesto a aprender de su maestro.

A partir de este momento, Marcos da cuenta en sucesivas ocasiones de la incapacidad de los discípulos para entender a Jesús y aceptar que su mesianismo pasará por la condena, crucifixión y muerte. Pedro no es una excep-

ción. No es capaz de acompañar a Jesús en las duras horas de Getsemaní (Mc 14,37), lo abandona, huyendo, cuando es apresado (14,50) y, finalmente, niega conocerlo en tres ocasiones, hecho que arranca sus lágrimas (14,66-72). Sin embargo, y de forma sorprendente a la luz de todo lo visto, Simón Pedro es mencionado por las fuentes del Nuevo Testamento no solo como un miembro más del movimiento de Jesús después de la Pascua, sino liderándolo al menos durante un tiempo y un testigo privilegiado de la resurrección (Hch 1,13; 1 Cor 15,5; Gal 1,18).

Los textos sugieren un proceso de reconciliación. En el propio relato de la pasión, Pedro, pese a haber abandonado a Jesús en Getsemaní, y aunque después lo negará, va siguiendo cuidadosamente los pasos del Maestro (Mc 14,54). Sus movimientos parecen indicar, al mismo tiempo, el deseo de seguir al lado de Jesús y su incapacidad para hacerlo, de modo que tuvo que enfrentarse a su pro-

pia fragilidad y sus limitaciones. Quizá entonces pudo recordar algunas de las enseñanzas de Jesús acerca del perdón (Mt 6,12-15) y comprender que, pese a no haber sido capaz de estar a la altura de las circunstancias, Jesús lo acogía tal y como era y le ofrecía una nueva oportunidad.

CONCLUSIÓN

A lo largo de estas páginas nos hemos acercado a cuatro personajes bíblicos. Sus historias, tal y como aparecen narradas en la Biblia, nos indican que tuvieron que afrontar situaciones no tan diversas de las nuestras, aunque de ellos nos separe una distancia muy considerable en el tiempo y el espacio. Los relatos nos llevan a pensar que las grandes preguntas de la Biblia son las grandes preguntas que nos seguimos haciendo hoy. En sus páginas, los hombres y mujeres de todos los tiempos podrán encontrar luz y sentido para sus propias vidas, así como la invitación a hacer de nuestro mundo un lugar más justo y humano para todos.



BIBLIOGRAFÍA

- > **J. BARTON**, *Qué es la Biblia*, DDB, Bilbao 2004.
- > **A. BONORA**, *Temas bíblicos para nuestro tiempo*, DDB, Bilbao 1995.
- > **J.-L. SKA**, *Introducción al Antiguo Testamento*, Sal Terrae, Santander 2012.